

*

*A mi hermano, que hace la vida mejor solamente con estar en ella.
Eres mi inspiración para Aston y el sol de cualquier tormenta.*

*

«Adoro la ambivalencia poética de una cicatriz,
que tiene dos mensajes: Aquí dolió, aquí sanó».

Louis Madeira

*

«Como cuando la arena quema
y te da igual porque sabes que corres hacia el mar.
Así deberíamos vivir».

Anónimo

Prólogo

Nothing Breaks Like a Heart

LIAM

Dos años antes

Ariadna Brooks era muchas cosas para mucha gente: para sus amigas, una de las chicas más populares del instituto. Para los chicos, una de las tías más buenas que habían visto cruzar los pasillos del Santa Mónica High School o Sumohi, como lo llamábamos por aquí. Para los adultos, una chica educada, de modales exquisitos, cuyos padres abogados habían construido un imperio a su alrededor y lo habían puesto a sus pies, aunque ella no lo quisiera. Y para mí... Para mí lo era todo.

No recordaba cuándo había empezado nuestra amistad, porque no tenía recuerdos de una vida sin Ari. Nacimos con meses de diferencia, crecimos juntos y convertirnos en mejores amigos fue algo tan natural como respirar. Ari, Aston, Madison y yo éramos inseparables. Y desde que Maddie se fue, nos habíamos unido todavía más, si es que eso era posible. Habíamos pasado por muchas cosas juntos y conocíamos cada pequeño detalle del otro por insignificante que fuera.

Solía intuir cuándo le venía la regla y cada mes le regalaba una tableta de chocolate con almendras, su preferido; cuándo tenía bronca con sus padres, solamente por la mueca que hacía con los labios y que me parecía supersexi; y con quién se enrollaba, incluso antes de que pasara, aunque no me hiciera ni puta gracia, porque estaba claro que no había ni un solo tío a su altura. Pero lo que me estaba pidiendo en ese momento traspasaba un poquito los límites de la amistad.

—Liam, ¿quieres empezar ya? Voy a llegar tarde.

—Claro, porque la hora que te has pasado rizándote el pelo no tiene nada que ver...

Nos encontrábamos en su habitación —sus padres estaban de viaje, como de costumbre—, sentados uno frente al otro mientras Ari se preparaba para su gran cita.

—Mira quién fue a hablar, tú te tiras horas mirándote al espejo.

—Eso no es verdad —resoplé, aunque era cierto—. Además, que da igual. Paso de pintarte las uñas de los pies —dije con cara de asco.

—No te van a comer. —Alzó la pierna y me restregó el pie por la cara.

—¡Quita! —Me lancé sobre ella y empecé a hacerle cosquillas mientras se revolvía gritando entre mis brazos.

—Que todavía no se me han secado las uñas de las manos, ¡para!

—¿Cuál es la palabra mágica?

—¡Idiota! —dijo entre risas.

—¡Error! —Continué con mi ataque. Yo siempre ganaba la guerra de cosquillas porque Ari tenía muchísimas, pero era tan cabezota que cada vez tardaba más en rendirse.

—Valeee, valeee, ¡por favor, oh, Dios del *hockey*, del surf y de todo lo divertido que hay en Santa Mónica!

—Así me gusta. —Sonreí muy pagado de mí mismo. Aún no había conseguido que dijera aquello con más gente delante, pero me bastaba con que lo admitiera conmigo—. Dame el pintaúñas. —Extendí la mano y ella dio unas palmadas, feliz, antes de pasármelo. Siempre conseguía lo que quería, era uno de los encantos de Ari, y yo tampoco me resistía demasiado en complacerla, porque verla sonreír... Verla sonreír era lo puto mejor de mi día—. Pero ni se te ocurra contárselo a nadie.

—Que nooo —aceptó. Ella sabía tan bien como yo que los del

equipo estarían meses burlándose de mí, aunque fuera una gilipollez—. Los mejores amigos hacen estas cosas.

—Ya, pues voy a pensarme si quiero seguir siéndolo.

—¡Sacrilégio! Hicimos un pacto con saliva a los ocho años, no se puede romper.

A esa edad yo era muy ingenuo, pero ahora ya sabía que se podían romper muchas cosas, y que ni el mayor de los vínculos permanecía intacto si alguien decidía lo contrario, pero no quise contradecirla. Estábamos empezando a encontrar el equilibrio en nuestras vidas, por muy doloroso que fuera.

—¿Y qué planes tenéis para esta noche?

—Pues iremos a cenar y luego, no sé, a algún sitio íntimo. —Se mordió el labio, ilusionada. Molaba mucho verla tan feliz—. Creo que Ethan es el amor de mi vida.

Puse los ojos en blanco. Mi amiga encontraba al amor de su vida cada dos por tres, pero parecía que con este iba en serio. Cuando ocurrió lo de mis padres, Ari decidió dejar el patinaje artístico, algo que cabreó muchísimo a su madre, y entrar en el *Ice team* como animadora para pasar más tiempo con nosotros. Ahí fue cuando se fijó en Ethan y poco después empezaron a salir. Desde entonces habían pasado tres meses y, según Ari, estaba preparada para dar el siguiente paso y acostarse con él. Sentía que era el momento y se dejaba llevar mucho por su intuición, ese era otro de sus encantos.

—Ethan es gilipollas.

—¡No es verdad! —contestó indignada—. Se ha portado muy bien con vosotros durante este año.

—Deja de moverte.

Suspiró, apartándose el pelo de la cara.

—Pues deja tú de decir tonterías.

Ethan era nuestro capitán, y era cierto que, cuando tuvo que posicionarse, no nos dio la espalda. Es más, él fue el primero que

nos apoyó y calló muchas bocas hasta que lo ocurrido dejó de ser un tema de conversación por los pasillos del instituto, pero siempre había pensado que lo hizo por Aston. Lo idolatraba de una forma rara y le jodió la vida que tuviera que dejar el equipo, y vale que mi hermano era el mejor portero que habían tenido los Condors hasta el momento, pero había algo en todo aquello que no me gustaba.

—Esto ya está. —Admiró sus uñas color coral moviendo los dedos—. Oye, no se te da nada mal, ¿eh?

—Hay pocas cosas que se me den mal, nena —respondí alzando las cejas, insinuante. Ella soltó una carcajada.

—¿Crees que este conjunto es sexi? —Se señaló. Estaba intentando no fijarme demasiado por eso de que éramos amigos y tal, pero seguía siendo un tío con un par de ojos operativos y ella llevaba todo ese rato en ropa interior porque no quería mancharse el vestido que se iba a poner. Y sí, era de encaje rojo y sexi que te cagas.

—Estás buenísima.

—Bien. —Dio unas palmaditas, algo que hacía con demasiada frecuencia cuando estaba contenta, y fue a ponerse el vestido azul palabra de honor, de no sé qué diseñador impronunciable. En lo único que Ari coincidía con su madre era en su amor por la ropa de marca. Tenía un vestidor casi tan grande como su habitación y baño propio. Si sus padres no aparecieran de vez en cuando por la casa, casi parecería que vivía sola.

Una vez lista, se miró en el espejo de cuerpo entero que cubría la pared, se retocó el maquillaje que le tapaba las pecas de la nariz y se aplicó el pintalabios.

—No entiendo por qué te maquillas tanto siempre —farfullé. Ella se encogió de hombros.

—Nunca se sabe dónde va a encontrar una al amor de su vida, tengo que estar preparada —explicó resuelta.

—Estás mucho mejor sin tantas capas.

—¡Qué dices! —Se acercó a mí, hasta que nuestros rostros se quedaron a un palmo y pude ver las motitas marrones en sus iris color caramelo—. Mira cómo resalta mis ojos el delineador.

Yo la veía guapa siempre, pero asentí.

—Es que son preciosos, nena.

—Tú no eres objetivo, te gusto de cualquier manera. —Hizo un ademán con la mano—. Verás, Liam, cuando una chica quiere conquistar a un chico...

—Oh, cállate —la corté y estalló en una carcajada—. ¿Estás segura de esto? —le pregunté por enésima vez. Me parecía que todo iba demasiado rápido, pero mi amiga era de ideas fijas, y cuando decidía algo, lo llevaba a cabo hasta sus últimas consecuencias.

Fue la primera en besar a un chico cuando teníamos doce años y por su culpa todos quisimos probar a qué venía tanto alboroto. *Spoiler*: no era para tanto. Y como yo perdí la virginidad el verano pasado, ahora ella quería ser la siguiente, antes de que Aston se le adelantara, aunque mi hermano no tenía ninguna prisa. Si Maddie no se hubiera ido de Santa Mónica quizá fuera diferente, pero, en fin..., mejor no pensar en cosas que jamás iban a ocurrir.

—Claro que sí. Además, es ahora o nunca. Ethan es de último curso y se irá a la uni después de la graduación, aunque a lo mejor podemos continuar la relación a distancia, ¿no crees?

Había oído a Ethan hablar de Ari en los vestuarios y parecía loco por ella, así que me encogí de hombros.

—Supongo.

—¡Un poco de entusiasmo, Liam! —me regañó. Me cogió de las manos para levantarme de la cama y nos pusimos a dar vueltas por la habitación.

—¡Me vas a marear!

—¿Se llama felicidad! —Y sonreí, porque era imposible no sonreír con Ari. Su risa era contagiosa y sus carcajadas solían quedarse reverberando en mi pecho tiempo después de que las hubiera soltado. Quizá era yo quien tardaba en dejarlas ir. Me encantaba su sonido y cómo me hacían sentir.

Cuando salí de su casa estaba atardeciendo y la luz anaranjada del sol se fundía con el cielo, creando un caleidoscopio de colores que se difuminaría hasta dar paso a la oscuridad de la noche.

Fui paseando hasta casa de la abuela. Apenas llevábamos un año viviendo con ella, pero siempre la sentí como mi hogar. Aun así, cuando pasé por mi antigua casa, no pude evitar que se me saltaran las lágrimas por todo lo que habíamos perdido y, sobre todo, por mamá. La echaba tanto en falta que a veces me desesperaba pensar que no iba a volver a verla. La necesitaba, igual que Aston, pero sabía que tenía que ser fuerte por él.

—Te recuerdo cada día, te echo de menos y te quiero. Más que a nada en el mundo —susurré al viento. Con aquel ritual me sentía más cerca de ella. Me reconfortaba pensar que la brisa que corría aquella tarde era su abrazo—. Sigo cumpliendo mi promesa, mamá.

Siempre tendría una sonrisa en la cara; Aston ya soportaba suficiente mierda por los dos. Verme sufrir lo hacía sufrir a él. Oí cómo se lo dijo a la abuela y no pensaba permitirlo.

Unas horas después, cuando Aston y yo estábamos jugando al NHL en la Xbox, mi móvil sonó. Era Ari.

—¿Cómo ha ido la gran cita? —pregunté con una sonrisa que se me borró de la cara en cuanto oí sus sollozos.

—Liam..., ¿podéis venir a por mí? Estoy en el parque Griffith.

Me puse de pie y Aston me imitó, intuyendo que algo grave pasaba.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien?

—Sí, sí... Sí —afirmó con determinación, no supe si intentando convencerme a mí o a sí misma.

—Joder, Ari. No te muevas de allí y no cuelgues. Vamos enseñada.

Aston avisó a la abuela para que nos llevara, ya que a nosotros aún nos faltaba un año para poder sacarnos el permiso de conducir.

—Vale, tranquilo. Me he puesto debajo de una farola y hay más coches por aquí, no va a pasarme nada... —Nada *más*, quiso decir. Noté esa última palabra atascada en su garganta. La noté en mi estómago. Juro que aún hoy soy capaz de sentirla arañándome desde dentro.

Respiré un par de veces para intentar calmarme. No solía enfadarme, pero cuando pasaba era en serio y dolía, joder. Aston me miró desde el asiento del copiloto mientras le metía prisa a la abuela.

—Ya voy, mi niño, ya voy. Este trasto no puede ir más rápido.

—Dime qué ha pasado. —Estaba impaciente por saberlo y, a la vez, no quería escucharlo, porque si Ethan le había hecho daño u obligado a hacer cualquier cosa para la que ella no estuviera preparada... lo mataría. Me daba igual si Ari había cambiado de opinión cuando él ya tenía la polla fuera. Me importaba una mierda que tuviera que machacársela con dos piedras para aliviarse. Un NO es un puto NO, daba igual el momento en el que se dijera—. Estoy contigo, Ari. No estás sola.

—Lo sé. —Tragó saliva—. Estoy bien. Es solo... —Suspiró—. Es que he sido una estúpida. Pensaba que iba a ser especial y bonito, que me iba a llevar a algún sitio para estar los dos solos y que iba a ser delicado, pero no ha sido así, ya está. Es solo eso. —Volvió a sollozar.

Iba a cortarle la polla. En ese momento solo quería atravesar el teléfono, darle un abrazo y protegerla del puto mundo.

—Tenemos que cambiar de coche, joder —masculló mi hermano.

—Mi niño, no digas palabrotas —lo regañó la abuela.

Aunque los dos me estaban escuchando, me dio igual. Sabía que Aston estaría de acuerdo conmigo y que la abuela lo entendería, porque ella nunca juzga a nadie. Es la mejor.

—Te merecías que fuera especial, Ari. Todo el mundo merece que su primera vez sea única.

Aston gruñó y la voz de mi mejor amiga sonó con escepticismo.

—Estábamos equivocados, Liam. Somos unos románticos, pero la realidad es otra historia.

—Ni de coña. —Apenas tenía experiencia, pero sabía que no tenía que doler tanto si se hacía bien. Cuando estuve con aquella chica, pese a estar hecho una auténtica mierda, me aseguré de que lo disfrutara, porque entendía que me estaba entregando algo demasiado íntimo como para no darle el valor que se merecía, y porque en eso consistía precisamente el acto: en que las dos personas quisieran lo mismo y lo disfrutaran.

—Ya hemos llegado —anunció Aston y saltó del coche casi en marcha.

Ari se encontraba bajo la farola, con el vestido manchado, el pelo revuelto y el maquillaje emborronando su preciosa cara. Y es verdad que estamos hechos de recuerdos, porque aquella noche y su imagen se quedaron grabadas en mi mente hasta llegar a formar parte de mí.

Aston inspeccionó a Ari durante unos segundos y luego la envolvió en la seguridad de sus brazos mientras ella temblaba.

La abuela se acercó a ellos, acarició la espalda de Ari y le hizo preguntas. Muchas. Todas las que yo tenía en la cabeza.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Te ha hecho daño?

—Sí, pero no del que se ve.

—¿Vamos a la policía?

—No, ¡no! Dotty, yo quería hacerlo, ha sido consentido, de verdad. Solo es que no pensaba que iba a ser... así.

—¿Y por qué te ha dejado sola?

—Ya habíamos terminado y yo no quería... No quería que volviera a tocarme. Le he dicho que iba a llamar a Liam y que se fuera.

Joder.

—¿Qué necesitas, cielo?

—Salir de aquí. Ducharme. Quemar esta ropa. Mudar la piel.

Aston volvió a abrazarla y yo me quedé ahí parado. No había soltado el móvil aún, y lo agarré con tanta fuerza que pensé que iba a romperlo. Apreté los dientes y quise llorar de rabia y de impotencia, hasta que la abuela se acercó a mí y me ofreció una sonrisa reconfortante que decía que Ari estaba bien, que estaba con nosotros y que aquello no se volvería a repetir. No lo permitiríamos. Ari no lo permitiría. A partir de esa noche tomaría las riendas de su vida, sería ella la que decidiera cómo, cuándo, dónde y con quién, y cada tío del instituto caería rendido ante la seguridad que irradiaba.

—Larguémonos de aquí.

Nos sentamos en la parte de atrás del coche y cogí su mano. Ella miraba por la ventana, pero no dejaba de apretar la mía, y yo solo quería decirle que no iba a soltarla nunca; que aún era un crío que empezaba a ver lo corrompido que estaba el mundo, pero que si algo tenía claro era que siempre estaría a su lado y que la quería. Puse su palma bocarriba y empecé a dibujar las palabras «te quiero» sobre ella. Entonces me miró y sonrió. Y entendí que todo iba a estar bien, aunque los dos llevaríamos esa noche dentro durante el resto de nuestras vidas, porque si

hay algo jodido de los recuerdos es que no puedes expulsarlos cuando quieres.

—¿Te llevo a casa, cielo? —preguntó la abuela.

—¡No! —respondimos Ari y yo al mismo tiempo, y luego sonreímos. Sabía que si Roxana, la empleada interna de los Brooks, la veía en aquel estado, sus padres acabarían enterándose, y Ari ya tenía suficiente.

—Todo va a ir bien —aseguró Aston cuando llegamos a nuestra casa, dando voz a mis pensamientos. Salimos del coche y se acercó a ella—. Te prometo que no permitiré que nadie vuelva a hacerte daño. —Le retiró unos mechones de pelo hacia atrás y depositó un beso en su frente—. Jamás.

—Mi niño, no hagas ninguna tontería —le advirtió la abuela.

—Tranquila. Solo voy a encargarme de que esto no le vuelva a ocurrir a ninguna otra chica.

Me miró y yo asentí. Sabía que no iba a pegar a Ethan. Aston y yo no nos peleábamos con nadie, pero su sola advertencia haría que se cagara de miedo. Podía ser bastante intimidante; era la actitud que utilizaba para protegerse del mundo, pero tenía un corazón tan grande que no le cabía en el pecho. Mi hermano no era de los que decían lo que sentían, sino de demostrarlo con hechos. O de escribirlo en una libreta por la urgente necesidad de sacarlo de su interior, porque, de no hacerlo, terminaría ahogándolo lentamente. En cambio, yo no solía guardarme nada. Hasta aquel día.

Una hora después, Ethan le mandó un mensaje a Ari disculpándose por su cagada y prometiéndole que no volvería a acercarse a ella. Ese año se graduaría y desaparecería de nuestras vidas para siempre, pero el daño ya estaba hecho.

Ari respiró hondo y se mordió el labio para no llorar. Odiaba sentirse vulnerable, así que me aguanté las ganas de abrazarla hasta fundirme con ella. Ya se había duchado, se había puesto

unos pantalones de pijama y una de mis sudaderas, y estábamos sentados en el porche trasero de casa, que habíamos bautizado con el nombre «Donde los sueños se hacen realidad». Era nuestro refugio, nuestro lugar en el mundo y donde nos sentíamos seguros. Veinticinco metros nos separaban del mar. El aire olía a sal, la brisa estaba envuelta por la humedad de la noche y teníamos los pies enterrados en la arena. Todo estaba en calma menos yo. Respiré también, llenando mis pulmones al máximo, y solté el aire de golpe cuando oí a la abuela:

—Toma, cielo. —Le tendió una taza de té a Ari, que aferró entre sus manos como si fuera un ancla. Luego la abuela le acarició el pelo intentando reconfortarla—. Sé que esto es una mierda.

—¡Abuela!

—En ocasiones como esta están permitidos los tacos, tesoro. —Me guiñó un ojo antes de continuar—. Sé que ahora estás muy disgustada, pero algún día esto será solo un mal recuerdo. Conocerás al chico indicado y entonces sabrás lo que es sentirse querida y valorada, porque hacerte sonreír será su felicidad y verás un mundo lleno de posibilidades reflejado en sus ojos.

—Puede que ese amor solo exista en las películas, Dotty —dijo Ari, pesimista. La abuela sonrió como si supiera mucho más que nosotros.

—Te aseguro que es real. Es lo que yo sentí con mi marido.

—Ugg, ¡abuela!

—¿Qué, tesoro? —me preguntó inocente—. No queráis crecer tan pronto y disfrutad del camino —sentenció antes de volver dentro.

—Adoro a Dotty —dijo Ari dando un sorbo al té—. ¡Ay, quema!

—¿Quieres esperar un poco? Eres una impaciente.

—Mira quién fue a hablar. Deja de mover la pierna, me estás poniendo nerviosa.

Resoplé. No sabía cómo afrontar las situaciones cuando algo

iba mal. Y en los últimos años iba mal todo. Así que, simplemente, me escudaba tras una sonrisa y seguía adelante. Enfrentaba las cosas con humor. Día a día. Porque todo pasa, incluso los momentos que más nos marcan, aquellos que se quedan bajo la piel.

—Ari, yo...

—No tienes que decir nada, está claro que ha sido mi culpa.

—No me jodas.

Soltó un bufido.

—No, tranquilo, ya he tenido suficiente por una noche.

—Eres... —Tan parecida a mí que no pude evitar soltar una carcajada antes de ponerme serio—. Tú no has tenido la culpa de nada y no quiero que vuelvas a decirlo. No quiero ni que lo pienses, joder.

—Yo quería hacerlo, porque soy una estúpida enamoradiza y lo tenía idealizado. —Dejó la taza encima de la mesa y me miró—. Creía... No sé. Creía que iba a ser dulce, tierno y bonito, y que luego me abrazaría y me diría que me quería mientras... ya sabes. —Río amargamente y a mí no me hizo ni puta gracia—. Pero bueno, no ha sido delicado, ¿y qué? Seguro que para casi todo el mundo es igual. En fin, la gente pierde la virginidad todos los días, ¿no? Tampoco es para tanto.

—No te lo merecías, Ari. —La primera vez era importante y la suya había sido en el puto monte Griffith, en un coche, incómoda, rápida y con alguien que no había tenido en cuenta sus sentimientos. Ethan tenía dos años más que nosotros y mucha más experiencia, debería haberse preocupado de las necesidades de Ari antes que de las suyas—. Tendría que haberte tratado con cariño, porque hacer feliz a la persona con la que estás debería ser lo principal. Merecías...

—Para ya —me cortó—, o lloraré y no pienso llorar más por esto. Ni por él. Ethan ha sido un capullo egoísta, como todos los tíos.

Me ofendió que me incluyese, que creyese que yo me comportaría así con una chica. Jamás lo haría. Y mucho menos con ella. Tomé aire y lo solté de golpe al escuchar sus palabras. Un aire salado, húmedo y demasiado familiar.

—Eso no es justo. No todos somos así.

—Ya, sé que tú eres de los buenos, y aun así te acostaste por primera vez con una chica en las rocas del muelle, no la conocías de nada y no volviste a verla.

Lo sabía. Lo recordaba con nitidez, aunque estuviera borracho. Recordaba aquel día mejor incluso que los meses que vinieron después.

—Nicole no quería una relación conmigo, se iba al día siguiente y, lo más importante, ella no era virgen.

—Pero tú sí. Y no ha sido como pensábamos para ninguno de los dos. —Se abrazó las piernas y apoyó la barbilla en sus rodillas—. Nunca volveré a sentirme así.

—¿Cómo? —No quería escucharlo, pero sabía que ella necesitaba decirlo en voz alta.

—Usada, engañada, insignificante. Nunca más, Liam.

—Lo sé.

Ari observaba al mar y yo no podía dejar de mirarla. Su fuerza, su vehemencia, la seguridad con la que hablaba, pese a estar rota por dentro. Siempre había admirado la capacidad que tenía para sobreponerse a cualquier adversidad, para ver el lado positivo de las cosas. Y en algo tenía razón, los dos compartíamos la misma idea del amor, esa que nos habían vendido las pelis de Hollywood que se rodaban a pocas millas de donde nos encontrábamos. Habíamos crecido con ellas y creíamos en ellas, incluso aunque nuestras primeras veces hubieran sido un fracaso. Quizá seguíamos creyendo porque aún estábamos seguros de que debía haber algo más, algo por lo que mereciera la pena luchar, experimentar, sentir... Quizá nuestro error había sido no descubrirlo juntos.

Esa fue la primera vez que me pregunté cómo sería besar a Ari. Rozar sus labios con los míos, tocarla no como un amigo, sino como alguien que ansiaba recorrer la piel de otra persona hasta aprendérsela de memoria. ¿Qué sentiría al acariciar su rostro, conseguir que me mostrara las lágrimas que se empeñaba en ocultar y borrarlas a besos? ¿Sería capaz de hacer que se olvidara del dolor que escondía en sonrisas sarcásticas y que a mí no me engañaban en absoluto?

Quizá ella era tan transparente para mí porque éramos iguales. Puede que por eso fuéramos los mejores amigos. Y el motivo por el que jamás me atrevería a dar el paso. A lo mejor era verdad que a partir de ese momento ya nada sería igual. Porque yo con Ari no tenía ni un solo secreto.

Hasta ese día. Hasta ese beso.

Hasta la noche que lo cambió todo.

Back Where It All Begins

LIAM

Un mes y medio antes (del beso) de Nochevieja

—¡Lanza el puto disco, Logan! ¿Se puede saber qué coño haces, Aiden? ¡Sube a defender! ¡Muévete, muévete! ¡Ahí! —Hago aspavientos con las manos, indicándoles a mis compañeros de equipo lo que pueden mejorar de su juego, porque si lo hace el entrenador, ni de coña va a ser tan amable.

De hecho, está mirándonos desde el banquillo, anotando cada fallo que cometen mis chicos. La verdad es que estamos descoordinados desde que empezamos el curso, porque la mayoría se ha pasado el verano vagueando y, por mucho que se esfuercen, es difícil recuperar la forma física y centrarse en tan poco tiempo. Además, tenemos dos jugadores nuevos que aún no saben ni por dónde les viene el *puck*. Es casi un milagro que hayamos ganado dos de los cinco partidos que hemos jugado hasta el momento.

—¡Roba el disco, Maxwell! —le grito a uno de los delanteros.

Sé que la mayoría no pretenden ser profesionales, que esto es solo un *hobby* o una forma de acceder a la universidad con una beca deportiva, pero yo sí quiero serlo. El *hockey* es mi pasión desde que Aston y yo entramos en el equipo infantil del colegio. Mi sueño es jugar algún día con los Sharks de San José en la NHL. Sé que es un camino largo y que no va a ser fácil, pero no me asusta. Estoy acostumbrado a dejarme la piel por lo que me importa.

Cuando era pequeño no tenía el cuerpo de un jugador de *hockey*; estaba demasiado delgado, era más bajo que la media de mi

clase y a mis reflejos les faltaba entrenamiento, pero me he machacado en el gimnasio durante años para conseguir estar en forma, me he esforzado mucho para llegar hasta aquí. He trabajado y me he sacrificado el doble que mis compañeros y ellos lo saben, por eso me nombraron capitán. Entienden que para mí no es solo un juego, que voy a señalar sus puntos débiles y retorcerlos hasta conseguir que sean los mejores, aunque eso implique pasar tanto tiempo en la pista que lo único que respiremos sea hielo, pero no me importa si eso significa que algún día levantaré la copa Stanley. Entonces sabré que todo ha merecido la pena.

—¡Liam, muévete!

—¡Voy, entrenador!

Patino hasta mi marca y volvemos a empezar. Repetimos la misma jugada una, dos y hasta diez veces.

—¡Siete y nueve, atrás! —grita el entrenador Foster—. ¡Habéis dejado la zona defensiva sin cobertura, maldita sea!

—¡Daniels, cubre tu flanco derecho! —Lanzo a puerta y, aun habiéndole avisado, nuestro portero es incapaz de parar mi tiro.

—¡Vale, se acabó! ¡Reunión, ya! —El pitido del silbato me atraviesa los oídos. Creo que el entrenador se desahoga con nosotros cada tarde y llega a su casa como nuevo.

Salimos de la pista, nos quitamos los patines y vamos con rapidez hacia los vestuarios. En una esquina del hielo veo que Ari está marcando el tempo de la coreografía que ha creado. Es una puta pasada y me alegro de que, al menos, nuestro *Ice team* vaya a destacar en los descansos.

—¡Dais vergüenza ajena! —Es lo primero que nos dice el entrenador—. ¿Se puede saber qué cojones os pasa?

—Estamos desentrenados —farfulla Aiden.

—Eso no te lo permito, ¿me oyes, Walker? —Pega la cara a la de mi amigo, de forma que casi le escupe cuando habla—. A principio de curso os di unas reglas muy claras. ¿Las estáis si-

guiendo? ¡No! —se responde a sí mismo sin darnos la oportunidad de hablar, aunque la mayor parte del equipo tampoco podría llevarle la contraria—. Si estáis desentrenados es solo culpa vuestra, pero afecta a todo el instituto y no lo pienso consentir, así que más os vale poner os las pilas. Voy a seleccionar algunos partidos para analizarlos. No hagáis planes ninguna tarde de la semana que viene. West —me llama—, dales caña.

—Sí, entrenador.

Paseo por delante de mis compañeros, que parecen algo abatidos por el discurso del entrenador, sobre todo los nuevos. Yo también lo estoy, pero, como capitán, me toca animarlos y apoyarlos para que logren ser los mejores. Sé que pueden, así que solo tienen que creer en ellos y esforzarse hasta conseguirlo.

—Si seguimos jugando así, los de Sacramento y Pasadena no serán los únicos partidos que perdamos, y ninguno de nosotros queremos eso. —Miro sus rostros, que me dan la razón—. Vamos a por todas, así que no sé por qué la estamos cagando tanto hoy —me incluyo como uno más del equipo—, pero necesito que estéis frescos y decididos para machacar a los de Malibú el mes que viene. Estoy seguro de que podemos hacerlo, ¿verdad?

—Sí, capitán —corean unos cuantos.

—No os oigo.

—¡Sí, capitán! —Ahora son todos.

—Otra vez.

—¡Sí, capitán! —pronuncian con más coraje. Bien.

—La semana que viene el entrenador nos va a poner a visionar partidos, pero no os vais a librar del entrenamiento. Avisad en casa de que estaréis en la pista cada día hasta la hora de la cena.

Se oyen varios quejidos incluso más estruendosos que el «sí, capitán» de antes. A la mierda. El *hockey* sobre hielo no es para la gente que no lo vive como si fuera lo puto mejor que le hubie-

ra pasado en la vida. Es para quien se esfuerza y da todo lo que tiene en la pista hasta desangrarse.

—Daniels —llamo a nuestro portero—, fallas demasiado. Hoy tus compañeros te han colado más de diez goles. —Agacha la cabeza—. Te anticipas a los movimientos de los jugadores, pero no eres adivino, así que deja de intentarlo.

—Sí, capitán.

—El lunes nos quedaremos una hora más para practicar los tiros. Aiden y Logan, vosotros también. Sois los mejores tiradores después de mí.

—Hecho.

Pensaba que iban a decir algo sarcástico tipo «menudo cumplido» o «eres un creído», pero saben que tengo razón. Soy el mejor goleador, el problema es que un solo jugador no hace al equipo. Somos veinte y a algunos ni siquiera les han dado la oportunidad de pisar el hielo como titulares durante las temporadas anteriores. Espero que eso cambie bajo mi dirección.

—Duchaos y descansad. La semana que viene va a ser brutal.

Me quito la equipación lo más rápido que puedo y me meto en la ducha. Ari me está esperando para ir juntos a ver a su novio cantar en el Steak. No es que me haga mucha gracia porque me cae como el culo, pero si ella es feliz, yo también.

Cuando salgo, oigo a unos cuantos hablar del sitio nuevo que han abierto en el muelle. Es un bar con billares, máquinas de baile, futbolines y mesas de *hockey* aire. Además, ponen unas hamburguesas brutales, según los chicos, así que habrá que probarlas.

—Vamos mañana, ¿no? —pregunta Aiden. Unos cuantos asienten.

—Yo también me apunto, pero ahora me piro, que me está esperando Ari.

—Uhhh —Silban y jalean—. ¡No la hagas esperar! ¡Pásalo bien, capi!

—Hasta mañana, capullos.

Salgo del vestuario y veo a Ryan y a uno de los chicos nuevos esperando en la entrada. El *Ice team* es mixto, por lo que tienen dos turnos para cambiarse y las chicas van primero.

—Ey. —Les hago un gesto con la cabeza.

—West —me responde Ryan—, ¿vienes a buscar a *mi* amiga?

Pongo los ojos en blanco. Le encanta picarme diciendo que el mejor amigo de Ari es él, pero no me afecta, porque todo el mundo sabe que no es verdad. Ari y yo somos inseparables, uña y carne, lapas, dos cosas que están muy unidas y no pueden sobrevivir la una sin la otra, así que paso de él.

Este juegucito empezó hace un par de años, cuando me enrollé con su hermana. En mi defensa tengo que decir que yo no sabía quién era. La chica iba un curso por delante de nosotros y simplemente surgió. Ahora está en la uni y seguro que ni se acuerda de mí, mientras yo tengo que estar aguantando al pesado este.

—Que te den, Ryan.

—Eso te gustaría —me replica.

—A lo mejor al que le gustaría es a ti. —Sonrío con suficiencia—. Por cierto, dale recuerdos a tu hermana de mi parte.

—Gilipollas —masculla. Él se lo ha buscado.

Me tapo los ojos con una mano y entro al vestuario de las chicas despacio y con el otro brazo por delante para no chocarme con nada.

—¿Ari?

—¡Chico a la vista! —grita alguien, no reconozco su voz, y se forma un revuelo.

—¡Voy! Estoy terminando de maquillarme —dice ella.

—Puedes abrir los ojos, Liam. —Entreabro los dedos, porque no me fío de Alysa y, efectivamente, la encuentro solo con la toalla, secándose el pelo. Hay otras chicas vestidas cuchicheando y riéndose. Les guiño un ojo.

—Madre mía, eres un ligón —suelta Ari frente al espejo. Si ella supiera...

—Te espero fuera, nena.

Unas cuantas gritan y se acercan emocionadas a Ari. Vale, supongo que todavía le queda un rato, así que saco el móvil y aprovecho para mandarle un mensaje a Jenny.

Llevamos un mes viéndonos, más o menos, y hemos quedado luego para hablar. Espero que esta vez entre en razón, porque soy partidario de ayudar a una amiga, pero odio pensar que estoy contribuyendo a que se escude detrás de mí para no dar un paso adelante. La verdad es que ya no sé hasta qué punto le conviene que sigamos en este plan. Y, sinceramente, a mí tampoco.

Every Breath You Take

ARIADNA

Hay algo que nadie te cuenta; algo que solo se aprende a base de besar a muchos sapos: el amor no es como el de las películas, y ni los príncipes existen ni las chicas somos princesas que necesitamos que nos salven. Lo sé porque he visto un montón de pelis románticas y he salido con los suficientes chicos para comprobar mi teoría, que se repite una y otra vez sin excepción. La culpa puede ser de los celos, el orgullo o la soberbia, por la popularidad en el instituto, porque busquemos cosas diferentes o porque a veces los tíos ni siquiera saben lo que quieren y a mí no me gusta perder el tiempo. Lo que tengo claro es que si la persona con la que estás no te hace sentir bien, ahí no es. Y eso es justo lo que me está pasando con Nick.

Hasta hace unas semanas pensaba que había encontrado a mi chico. Me fijé en él cuando puso un cartel en el tablón del insti anunciando que iba a tocar con su banda en el Steakhouse y sentí que era especial cuando me acerqué a felicitarlo después del concierto y me dijo que tenía que quedarse un rato más firmando autógrafos, pero que luego podíamos tomar algo. Le vacilé por creerse importante y él me sostuvo la mirada sin amilarse y me respondió que en unos años pisaría los escenarios de todo el mundo, «¿Quieres verlo entre el público o desde el *backstage*?». Y entonces fui yo la que le contestó con una sonrisa que estaba deseando ver mundo y que no me importaría que fuera con él. Puede que influyera que este año he tenido un pequeño

cuelgue con los músicos, ya he estado con tres, pero Nick tiene algo que lo hace diferente... más atractivo, y no solo para mí. Es que cuando rasga las cuerdas de la guitarra, se aparta la melena de la cara y te mira con ese aire de perdonavidas es supersexi. ¿Cómo se ha torcido todo tanto?

Su actitud empezó a cambiar cuando Maddie volvió. Decía que yo pasaba demasiado tiempo con ella, con Liam y Aston, que ya no iba a verlo ensayar y que me perdía algunos de sus conciertos. Podría haberme inventado mil excusas para justificarme, pero la realidad era que quería estar con mi amiga. Madison lo pasó muy mal en Boston, se sentía sola, desamparada, y por fin vuelve a ser la de antes, así que no pienso darle la espalda. Aston, Liam y yo hemos superado muchas cosas durante estos años, pero lo hemos hecho juntos, nos teníamos los unos a los otros, y me hubiera gustado estar ahí también para Maddie. Por eso necesito estar ahora. Y si Nick no lo entiende..., entonces el problema lo tiene él.

—Estás embobada —me dice Brenna dándome un codazo.

—Uhhh. Tierra llamando a Ari. Uhhh. —Liam se mueve delante de mi cara como si fuera un fantasma y le doy un manotazo para que pare.

—Solo estaba pensando.

—Si te aburres, nos vamos cuando quieras. —Sonríe de medio lado.

—Ya te gustaría. —Pongo los ojos en blanco.

He convencido a Liam, Brenna y Jackson para que me acompañen al concierto de Nick en el Steak. El horario de cenas ya ha terminado y los camareros han retirado las mesas para que la gente baile. El sitio está empezando a llenarse, así que hemos pedido unos refrescos y nos hemos puesto en una de las mesas altas que han dejado frente al escenario. Queríamos pedir cerveza, pero aquí me conocen y no puedo echar mano del carnet falso.

—Voy al baño antes de que empiece —comenta Brenna mirándome—. ¿Te vienes?

Niego con la cabeza y sonrío. Brenna y yo hemos congeniado superbién desde que pasamos más tiempo juntas. Conozco a mucha gente, pero tengo muy pocas amigas de verdad. Siempre me he llevado mejor con los chicos que con las chicas, y en parte fue por eso por lo que Danna, Alysya y, por extensión, Kate, que es demasiado introvertida como para llevarles la contraria, se acercaron a mí. Pero no me importa. Prefiero tenerlas cerca y controladas a empezar una guerra que afecte al equipo de animadoras. Aun así nunca recurriría a ellas para pedirles un favor. En cambio, confío a ciegas en Liam, Aston y Maddie. Y ahora también en Brenna.

—Voy a esperar a que salga Nick.

—Sí, no vaya a ser que no te vea ejerciendo de grupi. Sería una tragedia —ironiza Liam.

—Te acompaño yo —dice Jackson con una sonrisilla y la coge de la cintura para pasar entre la gente.

—¡Hacednos sentir orgullosos, pequeños! —los anima mi amigo. Lo miro mal.

—Podías ser un poquito más amable con mi novio.

—Nick es un flipado de la vida —espetea.

—¿Por qué dices eso?

Me cruzo de brazos a la defensiva.

—¿En serio me lo preguntas? Tiene hasta un maldito club de fans. —Señala a las chicas que están esperándolo al pie del escenario.

—Todavía no entiendo qué es lo que te molesta tanto de él.

Resopla con fastidio.

—Es que ni siquiera sé qué le ves.

—Pueees, a ver —empiezo a enumerar—: es guapo, simpático, cantante y hace unas cosas alucinantes con la lengua.

—Aggg, ¡qué asco!

Me río. Lo que no digo es que también es desconfiado, celoso y está endiosado. Me duele que mi mejor amigo y él se odien, aunque a veces ni yo misma lo aguante.

—No haber preguntado. —Le saco la lengua.

—Paso de ti. —Coge el móvil del bolsillo de su pantalón y se pone a escribir.

—Ya, últimamente pasas mucho de todo. —Frunzo los labios, suspicaz. Lleva unas semanas muy raro, aunque intenta que no se le note—. ¿Es Jenny?

—Qué va, con ella he quedado luego. —Vuelve a guardar el teléfono—. Es Aston. Dice que Maddie y él ya tuvieron suficiente con el último concierto. Se han quedado viendo una peli.

—O sea, que se están liando a lo grande —traduzco yo.

—Exacto. —Se aparta el pelo rubio de la frente—. A ver, que tampoco me extraña después de que el exnovio *psicokiller* de Maddie apareciera en la fiesta de Halloween y se pusiera en plan doctor Jekyll y mister Hyde.

No puedo evitar reírme por su descripción, porque Liam y yo solemos resolverlo todo con humor, aunque esa noche fue terrorífica en más de un sentido. En serio, ¿qué le pasa a la gente? ¿Por qué no pueden ser felices y dejar a los demás en paz? ¿Por qué sienten la necesidad de hacer daño a otras personas? Incluso a las que se supone que quieren. ¿Por qué hay gente que no sabe querer?

—Deberíamos hacer algo guay para que se distraigan. —Pienso en voz alta.

—¿Algo de la lista? —propone Liam.

Antes de empezar las clases hicimos una lista de cosas que harían sentir mejor a Maddie, como ir a la montaña, aprender a hacer surf o escaparnos un fin de semana a algún sitio para desconectar.

—Buena idea. Luego escribo en el grupo, a ver si no están muy ocupados dejando sus fluidos por cada rincón de Santa Mónica.

—¡Puaj! —Finge una arcada—. Qué asco, joder. No quiero tener esa imagen de ellos en la cabeza.

—Lo sé. —Chasqueo la lengua, muy pagada de mí misma—. Quién iba a pensar que esos dos acabarían juntos, ¿eh?

—Cualquiera con ojos en la cara.

—Ya, pero lo digo por la cantidad de vueltas que han dado hasta llegar aquí, ¿sabes? Es como si, por mucho que se alejaran, estuvieran destinados.

Soy una romántica, no tengo remedio. Pero qué bonito es que Aston y Maddie se hayan encontrado. No, mejor, que desde pequeños ya fueran el uno para el otro, aunque no lo supieran. Relaciones como la suya me hacen creer en el amor.

—Yo pienso que es una elección que hacen cada día. —Se encoge de hombros—. Igual que tú con la estrellita.

Pongo los ojos en blanco.

—O tú con Jenny.

—Sí, supongo. —Suspira antes de dar un sorbo a su refresco.

—¿Te pasa algo con ella?

—No sé, es que..., bueno, es algo personal. —Desvía la mirada un segundo a la pista antes de volverla hacia mí.

—¡Lo sabía! —Me acerco más a él. Es raro que a mí se me escape un buen cotilleo y no he oído nada sobre Jenny en el insti—. ¿Qué es?

Suspira y se pasa las manos por el pelo, echándoselo hacia atrás.

—No puedo decírtelo. Me ha pedido que no se lo cuente a nadie.

—Pero nosotros nos lo contamos todo —insisto, porque yo convivo muy mal con la intriga. Me gusta saberlo todo y controlar hasta el más mínimo detalle. Me da seguridad.

Liam se acerca a mí y me pasa la mano por el ceño fruncido. —Ya sabes que me pareces supersexi cuando te enfurruñas, pero no me lo vas a sacar. —Un hoyuelo travieso asoma en su mejilla derecha. Abro la boca para insistir un poco más, pero me corta—. Mira quién viene por ahí. —Brenna y Jackson han vuelto del baño con una sonrisa en la cara—. ¡Espero que hayáis estado haciendo guarradas ahí dentro!

Rápidamente me uno a él, porque vacilar a nuestros amigos, o entre nosotros, es nuestro pasatiempo favorito.

—Uh, qué atrevidos, me encanta —aplauzo. Jackson nos hace una peineta y le da un beso en la cabeza a Brenna—. Qué monos son —le digo a Liam como una madre orgullosa.

—Dejadlo ya, cabrones —se queja Jackson.

—Nos estamos quedando atrás, te lo digo. —Levanto una ceja en dirección a mi amigo.

—Tú ni de coña. —Sonríe señalando el escenario, donde el grupo ya está tomando posiciones. Silbo escandalosamente con los dedos en la boca hasta que mi novio levanta la cabeza y su cara se ilumina al verme.

—Voy a desearle suerte antes de que empiece.

—Deséale que se parta una pierna de mi parte —dice Liam—. O mucha mierda.

Jackson y Brenna se ríen, yo pongo los ojos en blanco y empiezo a abrirme paso entre la gente que abarrota la pista hasta llegar al escenario.

—Has venido.

—Te dije que lo haría, ¿no?

Se agacha para unir nuestros labios y musita:

—Hola, amor.

—Hola, cariño —digo antes de plantarle un beso que hace que todos los que hay a nuestro alrededor aplaudan.

—¡Ari, que nos lo desconcentras! —exclama Matt. Laurie se apoya en su hombro.

—Hasta después del concierto, se mira, pero no se toca.

—¡Eh! —Les pongo mala cara—. ¡Encima que me acerco a desearos suerte!

—Ari puede tocar lo que quiera, para eso es mi chica —dice Nick y vuelve a besarme—. Te veo en un rato.

Le guiño un ojo y me voy a mi sitio sintiendo que las cosas entre nosotros por fin vuelven a ir bien.